



## Josep Maria Gatell

Las enfermedades infecciosas emergentes o reemergentes no son un problema nuevo. A lo largo de la historia, siempre han sido un problema para la salud pública. La pregunta, por tanto, no es si habrá más, sino simplemente cuándo aparecerán y cuáles serán su magnitud y su impacto. El azar desempeña un papel importante, pero factores ambientales, sociales o relacionados con la utilización subóptima de los antimicrobianos están teniendo cada vez más influencia. Si la enfermedad infecciosa es fácilmente transmisible y su pronóstico es grave, el impacto se magnifica. Finalmente, la salud y la medicina son cada vez más temas de interés general, y por tanto son también objeto de atención de todos los medios de difusión generales, además de los medios estrictamente técnicos o especializados.

En los últimos años hemos asistido a brotes epidémicos de enfermedades emergentes o reemergentes, como la legionelosis, la infección por el virus de la inmunodeficiencia humana y el sida, la tuberculosis, el cólera, el síndrome respiratorio agudo grave, el síndrome respiratorio de Oriente Medio, el dengue, el chikungunya y actualmente el virus del Zika. La del Ébola ha sido simplemente una más. Pero la magnitud del último brote epidémico, las facilidades y la práctica imposibilidad de controlar los desplazamientos de grandes masas de población, la relativa facilidad de transmisión, la falta de un tratamiento específico y su elevada mortalidad, la han convertido en un paradigma. Todo ello agravado por el hecho de que lo que se creía un problema menor y localizado exclusivamente en «países pobres y remotos» ha alcanzado a los países occidentales ricos con casos de transmisión autóctona en Es-

paña y en los Estados Unidos. Hemos aprendido lo que deberíamos haber hecho y no hicimos, lo que hicimos mal y bien, y más importante todavía, lo que deberíamos hacer de ahora en adelante. El mundo deberá decidir cuántos recursos desea tener disponibles de forma permanente para abordar con rapidez un problema por lo general poco frecuente e impredecible. En otras palabras, cuántas máquinas quitanieves, con su personal correspondiente, hay que mantener operativas en Barcelona, donde las nevadas son muy raras y también impredecibles.

Con el último brote de enfermedad por el virus del Ébola, los medios de comunicación, en mi opinión, se comportaron de forma predecible y similar a como lo hicieron con otros desastres naturales o provocados por el hombre, como las guerras. Al principio le dieron poca importancia, hasta que la magnitud del problema y su repercusión fueron importantes. A partir de ese momento, magnificaron el problema. El cénit se alcanzó cuando hubo casos importados y autóctonos en Occidente, para progresivamente ir perdiendo interés a medida que la magnitud del problema global iba reduciéndose, y sobre todo cuando el problema en el mundo occidental se reducía a sospechas de casos importados que, en general, no se confirmaban. En algunos países, como fue el caso en España, el problema se agravó por la desastrosa política de información (mejor llamarla falta de política de información) de buena parte de nuestras autoridades sanitarias. A falta de información veraz, contrastada y fácil de obtener, las anécdotas y los hechos circunstanciales acabaron convirtiéndose en temas de interés general.

Finalmente, deberíamos constatar que la Organización Mundial de la Salud (OMS) es eficiente para identificar y monitorizar la evolución de las epidemias, y posiblemente para recomendar medidas preventivas y de contención. Sin embargo, no dispone de una «fuerza de choque» para implicarse en las recomendaciones que ella misma hace. La OMS lo encarga a los países miembros, y estos lo cumplirán o no dependiendo de su

capacidad económica y sanitaria y del contexto político. Hay «cascos azules» para los conflictos armados, pero no hay «batas azules» para las epidemias. De forma tardía, algunos países occidentales se incorporaron como iniciativas individuales. Pero el peso lo soportó una organización no gubernamental, Médicos Sin Fronteras, de forma voluntaria e imagino que trasladando recursos destinados a otras labores humanitarias.